

Ann Radcliffe.*The Complete Novels, 6 Vols.*

London, The Folio Society, 1987.

No es fácil definir las obras clásicas, sobre todo en literatura. Aunque suele haber coincidencia acerca de su calidad, las diferencias que coexisten, en cuanto a su definición, resultan desconcertantes. Sin embargo, hay algo que todas tienen en común y que, formulado por vía negativa, podríamos resumir en su resistencia a entrar en la categoría de lo efímero. Y esto es perfectamente aplicable a esa literatura que, bajo el genérico apelativo de «novela gótica», goza del favor popular a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX y que, con diversos nombres («fantástica», «de terror»...) y adaptándose a los nuevos tiempos, sobrevive hasta nuestros días. La novela gótica tiene una justificación histórica para su nacimiento y desarrollo, al constituir una expresión estética innovadora que reacciona contra una tradición establecida y trata de superarla. En su simbología deja entrever la conflictividad de dos épocas: una, la Augustana, pugnando por la supervivencia, y la otra, el Romanticismo, abriéndose camino en medio de un materialismo que parecía negar la sensibilidad poética y la originalidad imaginativa. De ahí que, en ocasiones, se perciban unos efectos de talante surrealista en sus múltiples situaciones grotescas. El miedo y el terror eran sensaciones que excitaban al público provocando una respuesta estética, psicológica o emocional y los escritores, conscientes de esa demanda, apelaban a los resortes anímicos que ya habían sido objeto de estudio por parte de Burke en *A Philosophical Enquiry into the Origin of Our Ideas of the Sublime and Beautiful* (1757).

En las cimas de la popularidad en ocasiones o sumida casi en el olvido en los peores momentos de su dilatada existencia, este tipo de literatura continúa renovando sus temas y cautivando la imagina-

ción del lector. Actualmente podría decirse que la novela gótica vive uno de sus momentos de esplendor, como lo demuestra la profusión de los estudios críticos recientemente publicados, entre los que podríamos citar, a título de ejemplo: David Punter, *The Literature of Terror* (1980); James B. Twitchell, *Dreadful Pleasures: An Anatomy of Modern Horror* (1985); Gregory A. Waller, *The Living and the Undead: From Stoker's Dracula to Romero's Dawn of the Dead* (1986); Terry Heller, *The Delights of Terror: An Aesthetics of the Tale of Terror* (1987); o Elizabeth R. Napier, *The Failure of Gothic* (1987). Pero tal vez sea aún más sintomático el cúmulo de reediciones y traducciones de las novelas góticas más representativas que se ofrecen al mercado hoy en día. No hace mucho que una editorial española sacaba a la luz nuevas versiones de *El castillo de Otranto*, de Horace Walpole, *El monje*, de Matthew G. Lewis, *Vathek*, de William Beckford, *Frankenstein*, de Mary Shelley, y *Melmoth el errabundo*, de Charles Maturin. Otros autores, como Ann Radcliffe, se encuentran asimismo al alcance del lector español, a quien tampoco le son ajenos nombres como Sheridan Le Fanu o, si nos circunscribimos a los más recientes cultivadores del subgénero de terror, H. P. Lovecraft y Stephen King.

Inexorables leyes del mercado condicionan la cantidad de la oferta editorial. Sin embargo, por fortuna para el frecuentemente desprotegido lector, la calidad de las ediciones está relacionada con renombradas firmas cuyo prestigio avala la fidelidad de la edición y sustenta el rigor del aparato crítico de que ésta viene acompañada. Uno de estos claros ejemplos de belleza formal unida al estudio serio y concienzudo de un texto fiable, lo constituye la edición de las novelas completas de Ann Radcliffe, en seis tomos, publicados por The Folio Society con introducciones de Devendra P. Varma, uno de los pioneros en el estudio de la novela gótica, cuyo li-

bro *The Gothic Flame* (1957) es punto de obligada referencia para quien se acerque a esta literatura. D. P. Varma ha sabido captar como nadie el espíritu que anima a esta prosa de ficción y, desde su Departamento de Literatura Inglesa de la Universidad canadiense de Dalhousie, ha creado una escuela crítica cuyos seguidores se reparten por todo el mundo.

Aunque alguna de las novelas más famosas de Mrs. Radcliffe, como *The Mysteries of Udolpho* (1794) o *The Italian* (1797), han tenido sucesivas ediciones, otras, en cambio, apenas han podido llegar al público no especializado, dado su carácter de piezas más o menos raras no siempre localizables en cualquier biblioteca. Por primera vez a lo largo de los últimos cincuenta años aparecen reunidas las novelas de esta celebrada autora en una esmerada edición que se complementa con grabados de Sarah van Niekerk, especialmente realizados para el caso. Por su parte, el Prof. Varma ha llevado a cabo una meticulosa búsqueda de las primeras ediciones a fin de garantizar la originalidad del texto primigenio. Éste conserva incluso las idiosincráticas inconsistencias ortográficas tan características de la autora. Cada novela está precedida de un estudio introductorio que sitúa tanto a Mrs. Radcliffe como a la obra en su contexto apropiado. *The Castles of Athlin and Dunbayne* (1789) es la primera novela y bien podría considerarse como un ensayo preparatorio —claramente influido por la poesía ossiánica— de los futuros éxitos literarios, el primero de los cuales sería *A Sicilian Romance* (1790), una historia de tiranía y amor, con profusión

de fenómenos aparentemente sobrenaturales, castillo con pasadizos y calabozos, personajes encerrados de por vida y final feliz para los amantes que osaron desafiar el poder del pérfido Mazzini. Un año más tarde se publica *The Romance of the Forest*, donde la maestría narrativa de Mrs. Radcliffe queda incuestionablemente demostrada; y en 1794 aparece la que sería, tal vez, su obra más famosa: *The Mysteries of Udolpho*, 'the most interesting novel in the English language', en palabras, sin duda exageradas, de Coleridge. La acción, una vez más, se localiza en la Italia del XVI y los personajes —menos estereotipados que los de las novelas precedentes— entroncan con los de la tragedia isabelina. *The Italian* (1797) se tradujo al francés y al alemán el mismo año de su publicación, lo cual da una idea del éxito del libro y del prestigio de su autora. Y, por fin, *Gaston de Blondville*, aunque escrita en 1802, no fue publicada hasta 1826, junto con otras piezas poéticas. Esta novela póstuma está muy en la línea de la novela histórica popularizada por Scott.

El resultado de la empresa conjunta emprendida por The Folio Society y el Prof. Varma es digno de encomio, tanto más cuanto que no es ésta la primera vez que colaboran para sacar a la luz obras de indudable valor literario pulcramente editadas. *The Monk* (1796), de Matthew G. Lewis, y *Uncle Silas* (1864), de J. Sheridan Le Fanu, son otros ejemplos palmarios de esta fructífera cooperación.

Román Álvarez

